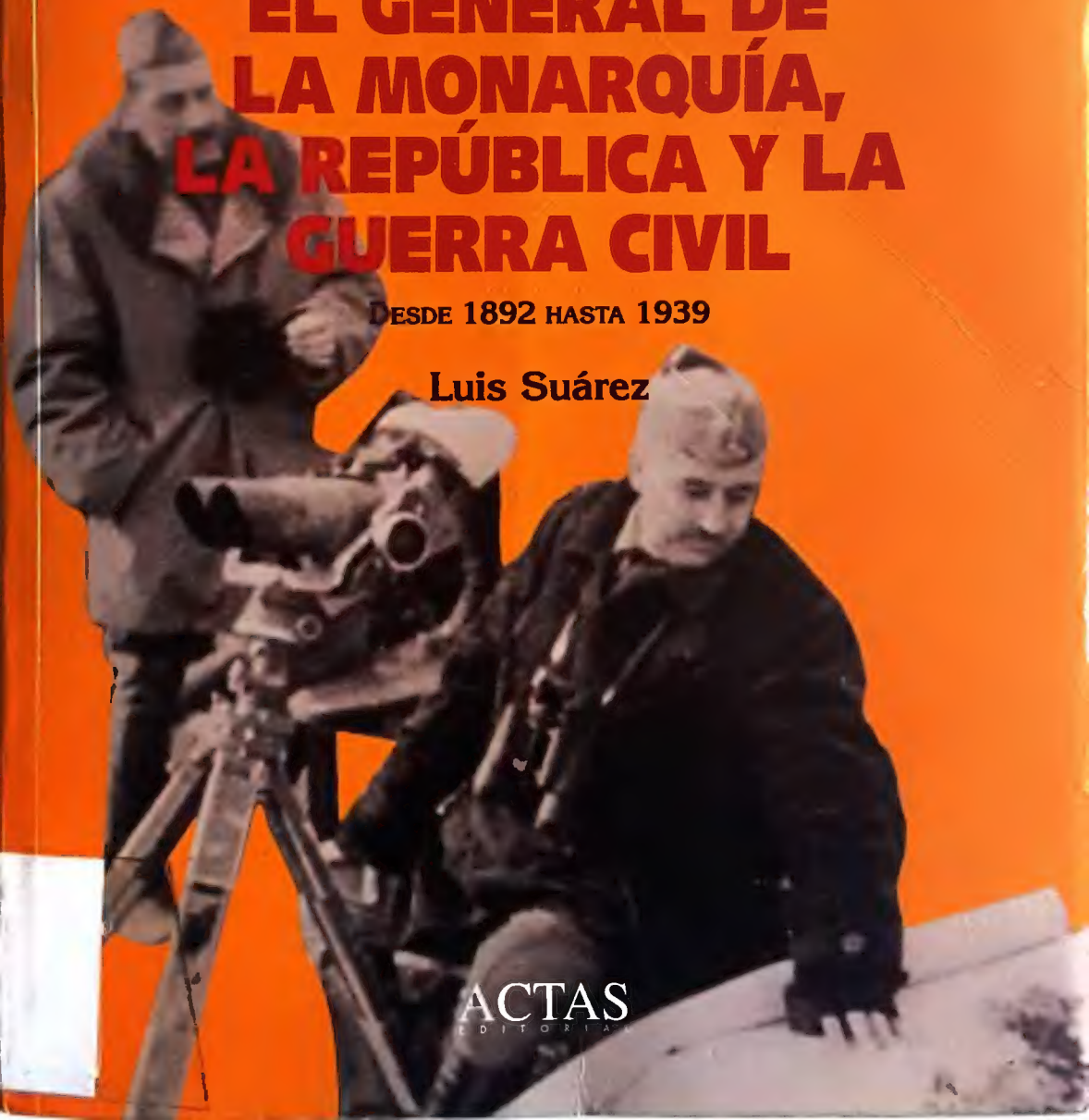
FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL

DESDE 1892 HASTA 1939

Luis Suárez



ACTAS
EDITORIAL

Luis Suárez Fernández, nacido en Gijón en 1924 es, en la actualidad, profesor emérito en la Universidad Autonoma de Madrid, miembro de número de la Real Academia de la Historia, de mérito de la de Portugal y correspondiente de la de Buenas Letras de Barcelona y de varias de Hispanoamérica. También ha dirigido la Escuela del CSIC en Roma. Aunque es conocido especialmente por sus trabajos sobre Baja Edad Media, en especial la época de los Reyes Católicos, su interés es polifacético: comenzó sus investigaciones en el siglo XVII, ha escrito libros sobre Roma y el Oriente Antiguo, los judíos y las interpretaciones de la Historia y también diez volúmenes sobre diversos aspectos de la vida y obra de Franco.

FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

Plan general de la obra:

1. El general de la Monarquía, la República y la Guerra Civil *(desde 1892 hasta 1939).*
2. España, Franco y la Segunda Guerra Mundial *(desde 1939 hasta 1945).*
3. La victoria frente al bloqueo *(desde 1945 a 1953).*
4. Los proyectos para una doble estabilización *(desde 1953 a 1961).*
5. Resistencia a la subversion *(de 1961 a 1967).*
6. El camino de tránsito hacia la Monarquía *(desde 1967 hasta 1975).*

Índices.

Luis Suárez va desgranando en las páginas de este libro los hechos a través de la documentación de que disponemos, sin juicios de valor ni interpretaciones, como corresponde al oficio de historiador, para ofrecer al lector las claves necesarias –África, la Dictadura de Primo de Rivera, la caída de la Monarquía, la República, las reformas de Azaña, la Revolución de 1934, el ascenso de los totalitarismos, el Frente Popular, etc.– para conocer y entender los acontecimientos y circunstancias que habrían de conformar la personalidad y el pensamiento del Generalísimo, que partiendo del desastre del 98, que Franco contemplaría con 5 años y en el seno de una familia tradicionalmente de marinos, habrían de desembarcar en el alzamiento de julio de 1936 y darían lugar al cruel enfrentamiento de las dos Españas que duró dos años y medio y que abrieron paso a un Estado nuevo: el Régimen de Franco.

FRANCO:
CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL
Desde 1892 hasta 1939

ÍNDICE

Página

Nota previa 13
Introducción general. Franco, crónica de un tiempo 15

PRIMERA PARTE
FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

Capítulo 1. La adolescencia del niño que quiso ser marino 49
I. El linaje de Franco 49
II. España en el tránsito del siglo XIX al XX 54
III. Divisiones ideológicas 59
IV. 1898 63
V. La aparición de los separatismos 68

Capítulo 2. La llamada de África 74
I. Origen de la cuestión marroquí 74
II. La Academia de Infantería 77
III. La Semana Trágica de Barcelona 78
IV. El segundo teniente 83
V. Marruecos, al fin 85
VI. El teniente de Regulares 88
VII. Ascenso a capitán. La grave herida de *El Biutz* 91

Capítulo 3. 1917 95
I. Oviedo 95
II. Trasfondos doctrinales 98
III. Los mecanismos de la revuelta 101
IV. El comandante Franco y la revolución 108

Capítulo 4. Diario de una bandera 112
I. La primera idea de la Legión 112
II. Dar Riffien 117
III. De Uad Lau a Xauen 121
IV. Annual 125
V. Dar Drius 127

Capítulo 5. El camino de Alhucemas 131
I. El fin de la Restauración 131
II. Franco, al frente de la Legión 135
III. El enfrentamiento con Primo de Rivera 140

IV. La hora sombría de Xauen 143
V. Alhucemas 147

Capítulo 6. La Academia General de Zaragoza 154
I. El general más joven de Europa 154
II. El nombramiento de director de la Academia 158
III. El fin de la Dictadura 163
IV. El «error Berenguer» 167

Capítulo 7. 1931 173
I. Franco y el 14 de abril 173
II. Antimilitarismo 178
III. Anticlericalismo 182
IV. Cierre de la Academia General 188

Capítulo 8. El día en qne España dejó de ser católica 191
I. La declaración ante el comité del Congreso 191
II. La Constitución de 1931 195
III. Franco y el pronunciamiento de Sanjurjo 202
IV. La Comandancia General de Baleares 208

Capítulo 9. Franco se alinea en el anticomunismo 213
I. El joven orador del teatro de La Comedia 213
II. La doctrina falangista 218
III. Victoria electoral de la CEDA 222
IV. Ascenso a general de División 227

Capítulo 10. Franco y la Revolución de Octubre 233
I. Los preparativos del Golpe Socialista 233
II. La toma de decisión 236
III. Franco en el Ministerio de la Guerra 240
IV. Las consecuencias 245

Capítulo 11. Reorganizar el Ejército 249
I. La evolución falangista 249
II. Franco, jefe del Ejército de África 252
III. Franco, al frente del Estado Mayor 255
IV. El fin de Lerroux 261

Capítulo 12. La tentación resistida 265
I. Diciembre, 1935 265
II. Las opciones preelectorales 268
III. El resultado de la votación 273
IV. Cinco días de febrero 276

SEGUNDA PARTE
GENERALÍSIMO Y JEFE DE ESTADO

Capítulo 13. Los preparativos para el Alzamiento 285
I. El fin de Alcalá Zamora 285
II. La candidatura por Cuenca 290
III. Los antecedentes de la conspiración 294

Capítulo 14. De Canarias a Marruecos. El vuelo del Dragón 301
I. La carta a Casares Quiroga 301
II. Los argumentos jurídicos encontrados 307
III. Galicia saluda a Francia 313
IV. Sin novedad en Marruecos, mi general 315

Capítulo 15. Internacionalización del conflicto 320
I. Cuatro días de julio 320
II. Equilibrio de fuerzas 327
III. La búsqueda de mercados 330
IV. El «pecado original» de Franco 335
V. La posición ideológica inicial de Franco 339

Capítulo 16. Cruzar el Estrecho 343
I. La firme decisión 343
II. Por aire y por mar 345
III. Los barcos que la cruzaron 349
IV. De Sevilla a Talavera 352

Capítulo 17. La elección de Franco para la Jefatura del Estado 361
I. La actitud de la Iglesia ante el Alzamiento 361
II. La caída de Talavera produce cambios 366
III. Hora de decisiones 371
IV. El Decreto 375
V. Investidura burgalesa: el Caudillo 380

Capítulo 18. Los cambios políticos internos 385
I. El ascenso de los totalitarios 385
II. Salamanca, Cuartel General 388
III. Salvar a José Antonio 392
IV. La difícil cuestión vasca 399
V. Don Miguel de Unamuno 403

Capítulo 19. Madrid: La batalla perdida 408
I. El proyecto de No Intervención 408
II. La marcha sobre Madrid 412
III. El asalto a Madrid 417

Capítulo 20. Reconocimiento oficial de Alemania e Italia 423
I. La idea de enviar «voluntarios» 423
II. La muerte de José Antonio 426
III. El acuerdo hispano-italiano 429
IV. Batallas en torno a Madrid 432
V. Las gestiones del doctor Junod 437

Capítulo 21. Del altar y del trono 441
I. La actitud inicial del Vaticano 441
II. Las primeras gestiones de Gomá 445
III. Masonería 448
IV. Perspectivas de restauración 450
V. De nuevo el Comité de No Intervención 454

Capítulo 22. Guadalajara no fue Abisinia 456
I. CTV. Corpo di truppe volontaire 456
II. Guadalajara: un objetivo muy preciso 458
III. De nuevo la No Intervención 462

Capítulo 23. Un largo camino hacia la unidad política 466
I. Rumores salmantinos 466
II. *Mit brennender Sorge* 470
III. El Decreto comienza a gestarse 474
IV. Tres noches de abril 477
V. Prisión de Manuel Hedilla 482
VI. Proceso y sentencia 485

Capítulo 24. Las claves de una polémica: El Vaticano, los vascos, Guernica 491
I. Los voluntarios vasco-navarros 491
II. La Cuaresma de España 495
III. La ruptura del frente de Vizcaya 500
IV. El bombardeo de Guernica 503
V. Las concesiones de Franco 506
VI. Gomá y Pizzardo 510

Capítulo 25. Bilbao: el gran cambio 513
I. Los obispos deben pronunciarse 513
II. Cambio de Gobierno en Valencia y muerte de Mola 515
III. Incidentes internacionales 519
IV. Al fin, Bilbao 522
V. El Vaticano reconoce a Franco 526

Capítulo 26. La decisión de Brunete 534
I. Eliminación del POUM 534
II. *Animal Farm* 536
III. ¿Victoria o derrota? 539

IV. La consecuencia: Santander 542
V. Belchite 545
VI. El final del frente Norte 547

Capítulo 27. Construir el Movimiento 550
I. Eliminación de la democracia inorgánica 550
II. El anuncio de la Monarquía 553
III. Los Estatutos del Movimiento 557
IV. Las dificultades internas 561

Capítulo 28. Minas, submarinos, aviones: la fuente de conflicto con el III Reich 566
I. ¿Beligerancia? 566
II. La conferencia de Nyon 569
III. Alemania presenta sus demandas 572
IV. El proyecto Montana 575

Capítulo 29. Primer ensayo de ruptura con la Hisma 580
I. Consejo Nacional del Movimiento 580
II. Vicente Rojo conquista Teruel 585
III. En las horas bajas 589
IV. La ruptura con la Hisma 591

Capítnlo 30. Institucionalizar la Dictadura 594
I. El Consejo de Ministros 594
II. Las primeras acciones del Consejo 597
III. El crecimiento de Serrano Suñer 601
IV. Las muy delicadas negociaciones con el Vaticano 605
V. El fracaso de Manuel Irujo 609

Capítnlo 31. Mare Nostrum 613
I. La decisión de febrero 613
II. El Fuero del Trabajo 616
III. Primeros pasos hacia una guerra general 620
IV. La batalla de Aragón 622

Capítulo 32. Final del Proyecto Montana 627
I. Las decisiones de Negrín 627
II. Dirigismo estatal deliberado 630
III. De nuevo el freno en los avances 634
IV. Las directrices políticas del conde de Jordana 637
V. La ley de Minas 643

Capítulo 33. Las aguas del Ebro no pasaron por Munich 646
I. Los planteamientos militares 646
II. El estancamiento 650
III. La crisis sudete 653
IV. La victoria en el Ebro 658

Capítulo 34. Barcelona 662
I. Secuelas diplomáticas de Munich 662
II. Los últimos esfuerzos de paz 666
III. El avance hasta Barcelona 669
IV. El final del Régimen Republicano 675

Capítulo 35. ...Y, al final, Madrid 678
I. Franco se adhiere al Pacto Antikomintern 678
II. Proyectos para una capitulación 681
III. Los cuatro días de marzo 688
IV. La liquidación de la guerra 690

Notas
Notas al Capítulo 1 694
Notas al Capítulo 2 697
Notas al Capítulo 3 701
Notas al Capítulo 4 703
Notas al Capítulo 5 705
Notas al Capítulo 6 708
Notas al Capítulo 7 709
Notas al Capítulo 8 713
Notas al Capítulo 9 716
Notas al Capítulo 10 719
Notas al Capítulo 11 721
Notas al Capítulo 12 723
Notas al Capítulo 13 725
Notas al Capítulo 14 729
Notas al Capítulo 15 732
Notas al Capítulo 16 736
Notas al Capítulo 17 739
Notas al Capítulo 18 743
Notas al Capítulo 19 747
Notas al Capítulo 20 749
Notas al Capítulo 21 751
Notas al Capítulo 22 753
Notas al Capítulo 23 755
Notas al Capítulo 24 760
Notas al Capítulo 25 764
Notas al Capítulo 26 768
Notas al Capítulo 27 769
Notas al Capítulo 28 771
Notas al Capítulo 29 773
Notas al Capítulo 30 775
Notas al Capítulo 31 779
Notas al Capítulo 32 781
Notas al Capítulo 33 783
Notas al Capítulo 34 785
Notas al Capítulo 35 787

NOTA PREVIA.

Ignoro, al comenzar la que es ya tercera redacción de esta obra, si llegará un día a publicarse o si, dada mi edad, conseguiré concluirla. Ante todo quiero decir que he tenido en cuenta todas las observaciones que se me han hecho acerca del texto de mi primera edición. Insisto en algo que ya entonces dije y que me propongo mantener con más rigor todavía: escribo sin odios ni aficiones; no estoy en contra de nadie ni a favor de ninguno. Pero me mueve el propósito de cumplir un oficio de historiador que consiste en explicar los sucesos utilizando para ello también las opiniones de los protagonistas: esto es lo que ha chocado y seguirá chocando, me temo, con las actitudes de nuestros días. Al establecerse un criterio oficial –la época de Franco debe considerarse como suma de males sin mezcla de bien alguno– cualquiera que se empeñe en descubrirla como lo que fue, errores y aciertos, programa político sometido a criterios religiosos, en parte cumplido y en parte no, será inevitablemente juzgado como un defensor. Es bien sencillo: quien no condena e injuria, defiende y justifica.

Pero la época de Franco, que cubre casi cuarenta años, fue en sí misma grande, porque los acontecimientos que en ella se produjeron revistieron la grandeza de la guerra y la paz, el asedio exterior, el desarrollo económico y la búsqueda, al final fallida, de una estructura política duradera distinta del totalitarismo socialista o hegeliano y de la democracia liberal parlamentaria. Sólo es posible acceder a ella de modo satisfactorio a través de los documentos conservados. El autor ha podido consultar, mediante fotocopias, muchos de ellos, en especial los que el propio Generalísimo guardaba. El método aplicado es el más rigurosamente tradicional en la investigación histórica: dejar que los documentos y los testimonios hablen por sí mismos, huyendo de interpretaciones para evitar, en lo posible, el juicio previo, la formulación de opiniones y el recurso a las fuentes para apoyarlas y no para rectificarlas.

Franco hizo de la lucha contra el comunismo –en general contra el marxismo– y de la defensa de la Iglesia el eje fundamental de su existencia. Los documentos van a hablarnos de esa lucha. Pero evitaremos cuanto nos sea posible los calificativos. Todas las personas merecen ser tratadas con el mayor respeto: si alguna vez se desliza algo que no lo demuestre, debe atribuirse a la torpeza del autor, no a su intención. Se apreciarán numerosas lagunas, pero esto debe tomarse como incitativa a otros historiadores a fin de que puedan llenarlas. Que no lo hagan con opiniones, recuerdos o sentimientos sino con fuentes testimoniales objetivas, es lo que el autor desea y recomienda. Pasados ya casi veinticinco años desde la muerte de Francisco Franco, deberíamos contar con la serenidad suficiente para hacerlo así.

Este libro, largo, por exigencias del tema, no se presenta con pretensiones de obra definitiva. Provisional y muy provisional. Vamos a entrar en un mundo complejo y muy rico por sus dimensiones: al mismo tiempo que se despejarán incógnitas y se abrirán procesos, van a plantearse nuevas cuestiones a las que otros habrán de responder. Así es el conocimiento histórico. Su utilidad consiste precisamente en que permite explicar y, con ello, induce a los hombres a la reflexión.

L.S.F.

SEGUNDA PARTE

GENERALÍSIMO Y JEFE DEL ESTADO

CAPÍTULO 22

GUADALAJARA NO FUE ABISINIA.

1. CTV, CORPO DI TRUPPE VOLONTARIE.

1. Independientemente de la corrección en las apreciaciones que Goering y Ciano formularan en Roma, el bando nacional estaba necesitado de acciones que recuperasen su prestigio: las cifras de carros soviéticos destruidos o el hecho de que la superioridad aérea republicana ya no existiese, decían poco a la retaguardia. Había que buscar un nombre capaz de levantar los decaídos ánimos y, desde hacia tiempo, Queipo de Llano venía proponiendo la ofensiva sobre Málaga en donde el desorden de los «rojos» era conocido y evidente y las ventajas de un acortamiento de las líneas muy dignas de ser tenidas en cuenta. El 14 de diciembre de 1936 el agregado militar italiano, coronel Emilio Faldella, comunicó a Franco que unidades de voluntarios estaban en marcha hacia la península y que los primeros 3.000 hombres iban a desembarcar de inmediato en Cádiz. El Generalísimo se indignó: él había pedido armas, no soldados, y aquel envío sin acuerdo previo era una injerencia de Mussolini en asuntos que sólo a él competían.[1] Reaccionó enseguida, en una forma muy acorde con su carácter, consistente en hacer de la necesidad virtud: propuso la creación de dos Brigadas mixtas a fin de que, al encuadrarse los italianos con los españoles nunca pudiera el Duce disponer de un ejército propio en España, como, sin duda, era su propósito.[2]

Los documentos no permiten dudar de la existencia de tal propósito ya que, en Italia, se había dispuesto la creación de cuatro Divisiones independientes y con mandos propios de la base a la cumbre: tres procedían de las milicias fascistas, «camisas negras» (Dio lo vuole, Fiame nere, Penne nere), y una de voluntarios encuadrados en el Ejército, Littorio, empleada poco antes para rodar la película patriótica de Escipión el Africano. Los voluntarios, atraídos por la paga superior como dijimos, estaban convencidos en su mayor parte de que se les enviaba a participar en los trabajos de colonización de Abisinia. De acuerdo con las instrucciones elaboradas en Roma el 15 de enero se emplearía este Cuerpo de Ejército en operaciones decisivas y no en las pequeñas batallas que Franco libraba: conquistar Valencia por la vía de

Albacete o Teruel, apoderarse de Madrid por el camino de Guadalajara. De modo que ese intercambio que luego se tornó en burla, de Abisinia por Guadalajara, estaba en las previsiones italianas. Mussolini creía que los combatientes españoles eran malísimos soldados fáciles de dispersar, sin comparación posible con sus aguerridas tropas.[3] Exactamente lo contrario de la que luego sería opinión española, pero tan equivocada la una como la otra.

Los agentes alemanes en Salamanca advirtieron inmediatamente a sus jefes de un peligro: si se producía el éxito militar decisivo que los italianos anunciaban, la influencia que el III Reich había conseguido se vería seriamente afectada. Esta influencia, añadían, se estaba traduciendo ya en ventajas económicas visibles sobre todo en la adquisición de minerales tan necesarios para la industria alemana. Las autoridades nacionales habían producido todas aquellas exportaciones que no generasen divisas, pero la ayuda de guerra había permitido la fundación de aquella empresa, HISMAROWAK, en manos del Partido nazi, presidida por Bernhardt, que, desde setiembre de 1936, estaba enviando cargas de pirita de hierro;[4] ahora Bernhardt, siguiendo instrucciones de sus jefes, estaba exigiendo que se le entregasen todas las divisas generadas por el comercio exterior español, sometiendo a los nacionales a un monopolio financiero como el que la URSS ejercía sobre el Gobierno del Frente Popular.

2. Franco no aceptó en el primer momento ninguno de los tres proyectos de operación elaborados en Roma y, aprovechando que todavía no estaban completas las unidades, asignó a los italianos una participación importante en la operación de Málaga, que ya había comenzado a realizarse. Ellos aceptaron: podía ser un instrumento de preparación.[5] Comunicó el Generalísimo a Queipo que iba a poder disponer de 8.000 camisas negras mandadas por Mario Roatta, que tenía a Emilio Faldella como jefe de Estado Mayor.[6] Desde el 21 de noviembre de 1936 Queipo de Llano había comunicado a Franco que las posibilidades de apoderarse de Málaga eran óptimas: la ciudad, sometida a terror, carecía de víveres y las milicias, sin mandos adecuados, carecían de valor.[7] En el Cuartel General de Salamanca no se quería que los italianos formasen unidades autónomas con mandos propios, entre otras cosas porque, al proceder en su mayor parte de milicias fascistas carecían de la adecuada preparación: la idea, a la que Faldella se negó, consistía en mezclarlos con soldados españoles formando unidades mixtas. Al final se decidió encomendarles el sector central del gran arco que formaba el frente malagueño.

La acción sobre Málaga se inició el 14 de enero por la costa mandando a los nacionales el coronel Francisco de Borbón, duque de Sevilla, primo de Alfonso XIII con quien tenía notable parecido físico: ese mismo día fue tomada Estepona; el mando republicano consideró la situación tan grave que envió a Martínez Monje con refuerzos desde Valencia y también con un asesor soviético, el general «Kleber». Todo inútil. El 17 había caído Marbella y el duque de Sevilla procedía a limpiar la bolsa de Ronda. En el otro sector, el del norte, la ruptura permite avanzar hasta Alhama que es ocupada el 27 de enero. Desde allí, como es sabido, se domina la Vega de Granada que de este modo escapaba al cerco. Por el centro las fuerzas motorizadas italianas llegan hasta Antequera, puesto de mando para Queipo. Hubo un breve descanso a causa del mal tiempo pero el 2 de febrero el avance se reanudó. El 5 estaba allí Franco. Ese mismo día llegaba a Málaga el coronel Villalba para sustituir a Mar-

tínez Monje con una orden de Indalecio Prieto para defender a toda costa la ciudad. El comisario político del Partido Comunista, Cayetano Bolívar, había dado a los suyos la orden de liquidar a todos los enemigos interiores para galvanizar una resistencia a ultranza mediante el terror. Pero Villalba, examinada la situación, decidió el día 7 que había que abandonar la ciudad precisamente para poder acomodarse en líneas de resistencia eficaces: hubo una precipitada fuga; los responsables del Frente Popular, que conocían bien las violencias cometidas, temían las represalias y buscaron huyendo su salvación. El 8 de febrero el coronel Borbón hizo su entrada en la ciudad e inmediatamente llegaron los italianos: el avance continuó hasta la conquista de Motril, pero después el frente se detuvo porque dos Brigadas mixtas lo apuntalaron.

3. En cuanto operación militar no constituye Málaga otra cosa que un episodio de mediana importancia, rectificación de un frente que en la práctica convenía a los dos bandos. Pero sellaba el hecho de que prácticamente la casi totalidad de Andalucía se encontraba en poder de los «nacionales», a los que proporcionaba recursos agrícolas y soldados que permitían a Queipo de Llano lograr un equilibrio de fuerzas. El mando republicano tuvo la sensación de que había sufrido un gran desastre moral, porque sus tropas revelaron absoluta incapacidad combativa: los ataques aéreos causaron muchas bajas en aquella masa de fugitivos en desorden. Hubo muchos prisioneros, y muchos reclutas también que voluntariamente se presentaron; de ambos se nutrieron los nuevos regimientos. Entre los prisioneros se encontraba el famoso novelista británico, Arthur Koestler, autor luego de *El cero y el infinito;* figuraba como corresponsal del *News Chronicle* aunque era sabido que se trataba de un agente enviado por la Komintern; fue canjeado.[8] Es también cierto que los temores de represalias se vieron confirmados.

Mussolini recibió con alborozo la noticia de la conquista de Málaga, que sus periódicos atribuyeron exclusivamente al nuevo y poderoso Ejército italiano. De este modo se mantuvo, en ciertos medios fascistas, la idea equivocada de que bastaban las cuatro Divisiones ya enviadas para concluir la guerra. Por otra parte los italianos protestaron por las represalias que en la ciudad se estaban produciendo y que empañaban el brillo de su victoria.[9] Es cierto que aquí, como sucedía siempre en casos de reciprocidad, hubo evidentes abusos. Entre las reliquias rescatadas figuraba una de Santa Teresa de Jesús, robada por los milicianos en el convento de las carmelitas de Ronda. Franco la conservó después en su poder. La victoria de Málaga sirvió para devolver a los nacionales el ánimo, muy decaído tras el fracaso en Madrid.

II. GUADALAJARA: UN OBJETIVO MUY PRECISO.

1. Algunas veces, incluso entre los que se presentan a sí mismos como defensores a ultranza de Franco, se ha sostenido la curiosa hipótesis de que, después de Málaga, el «astuto» Generalísimo envió al CTV a una derrota prevista en el camino de Guadalajara, enfriando de este modo las pretensiones de los italianos que se creían árbitros de la situación militar,[10] y estaban haciendo correr sorprendentes rumores acerca del futuro político español, como aquellos que presentaban al duque de Aosta

como un candidato al trono. Otra cosa es que la decepción experimentada por el Duce produjera en él una especie de derrumbamiento psicológico, que a Franco no afectó, porque se trataba de una operación como las otras que se estaban realizando en torno a Madrid. La propaganda presentó la batalla de Guadalajara como una derrota completa del CTV, lo que resulta por lo menos dudoso. Dice Tusell que «el resultado de la batalla no puede conceptuarse en realidad como una derrota militar propiamente dicha pero lo fue desde el punto de vista psicológico y mucho más para Mussolini que para Franco».[11] Kindelán, testigo de excepción, ya advirtió que es un error hablar de una batalla de Guadalajara pues se trataba, en realidad, de la tercera fase de la lucha en torno a Madrid, después de la carretera de La Coruña y del Jarama.

Una relación escueta, siguiendo en lo posible el orden cronológico, puede ayudarnos mejor que nada a comprender el alcance de todo el episodio: así lo hacen Martínez Bande y los hermanos Salas Larrazábal. Ya el 29 de noviembre de 1936 el general Moscardó, que mandaba la llamada División de Soria, hizo una propuesta que consistía en adelantar sus líneas hasta envolver por la espalda Buitrago y Somosierra; en estudios posteriores (31 de diciembre) ya advertía que tanto para esto, como para un avance por la línea del Tajo sobre Guadalajara, necesitaba al menos dos Brigadas de refuerzo. El 5 de enero Franco respondió negativamente: no podían distraerse fuerzas que se necesitaban en otros sectores. Vino luego la ofensiva frentepopulista sobre Sigüenza, que fracasó, y la decisión de Mola (10-20 de enero): hasta que no se resolviese la situación en el Jarama no había que pensar en refuerzos para esa zona. La División de Soria tendría que limitarse a establecer buenas posiciones defensivas y a mantener cortada la carretera de Guadalajara a Cuenca. Moscardó disponía en estos momentos de unos 10.000 hombres, nada más.

Es muy difícil, para un historiador no militar, pronunciarse acerca de la corrección o incorrección de las decisiones que se tomaron. Es indudable que tanto Franco como los generales italianos coincidían, hasta el final del invierno de 1936-1937, en que todo dependía de la batalla que se estaba librando en torno a Madrid. Aquí contaba Miaja, dentro de su Ejército del Centro, con una masa de combatientes que sobrepasaba los 130.000 hombres; era importante mantenerla en constante tensión para evitar que fuese empleada en otra parte. Es, también, hipótesis plausible, aunque no haya posibilidad de probarla, aquella que presenta a Franco afirmándose en torno a Madrid sobre posiciones que el adversario nunca pudiera hacer saltar, mientras preparaba sus reservas para operaciones como la de Málaga. Esta hipótesis parece apoyarse también en la insistencia de Franco respecto a que la guerra era larga.

2. El Generalísimo, que había conservado en su poder los planos de la operación propuesta por Moscardó,[12] lo que significa que no los había descartado en absoluto, estaba advertido por sus servicios de información de que el enemigo preparaba dos grandes operaciones, una sobre Oviedo, de la que efectivamente hemos dado cuenta, y otra para despejar la amenaza que pesaba sobre la carretera de Valencia. No le convenía, por tanto, distraer fuerzas. Tal era la decisión todavía el 22 de enero de 1937. Pero el 13 de febrero tuvo lugar una importante reunión en Salamanca en la que junto con el coronel Emilio Faldella y el teniente coronel Giacomo Zanussi, estuvieron presentes el general Francisco Martín Moreno y el coronel Antonio Barro-

so: se trataba de asignar a los italianos un nuevo frente de guerra tras el éxito obtenido en Málaga. Se volvió, con toda lógica, al plan elaborado inicialmente en Roma, del que la marcha sobre Guadalajara para alcanzar luego Madrid constituía una de las tres alternativas.

El Generalísimo comenzó reiterando su protesta de que el CTV –no tardarían los humoristas españoles en dar una peculiar interpretación a las siglas, «¿cuando te vas?»– operara como un ejército independiente en lugar de insertarse en Brigadas mixtas como él había ordenado. Sus interlocutores no hicieron el menor caso. Los italianos estaban orgullosos de su material y preparación, así como de la prueba de Málaga, y en especial los de la División Littorio que mandaba un curioso personaje, Anibale Bergonzoli, a quien sus subordinados llamaban «barba eléctrica».[13] Todavía se estaba luchando en el Jarama. Por eso es significativo que, en la mencionada reunión, se examinaran dos alternativas muy diferentes, una la penetración por Pozoblanco para liberar a los defensores de Santa María de la Cabeza y asegurarse las minas de Almadén, y otra la conquista de Bilbao que podía proporcionar la industria que a los nacionales faltaba.[14] Los italianos se mantuvieron firmes en las instrucciones recibidas: con preferencia deseaban encargarse de la ruptura en el frente de Teruel hasta alcanzar el Mediterráneo por Sagunto y Valencia. Esto no convenía en modo alguno al mando español. Se optó, en consecuencia, por Guadalajara: si la operación se desenvolvía como las anteriores de Madrid siempre podría asegurarse el objetivo indicado por Moscardó de abrir la carretera de Torija; si los italianos tenían razón quedaría abierto el camino para la entrada en Madrid.[15]

La decisión adoptada en Salamanca no impidió que se intentara por el Ejército del Sur la operación de Pozoblanco; se inició el 6 de marzo, esto es, dos días antes del ataque por Algora, tomando parte en ella tres columnas de Infantería y una de Caballería, sin suficiente artillería ni cobertura aérea. El primer día se pudo avanzar partiendo de las bases de Peñarroya, Espiel y Villaharta, pero las fuertes lluvias de los días 7 y 8 de marzo detuvieron después el avance que se reanudó entre los días 10 y 25 del mismo mes, fechas en que se tomaron Villanueva del Duque y Alcaracejos. Los frentepopulistas habían tenido tiempo para organizar sus reservas y desplazar fuerzas de aviación de modo que el teniente coronel Pérez Salas pudo montar una contraofensiva muy vigorosa, obligando a los nacionales a abandonar todas sus ganancias y a replegarse a las posiciones iniciales.[16] Se perdió la última esperanza de salvar a los sitiados en Santa María de la Cabeza.

3. El 15 de febrero de 1937, el mismo día de la aceptación del plan italiano sobre Guadalajara, Mola comunicó a Moscardó que iba a poder contar con «un grupo de banderas legionarias» procedentes del frente andaluz para llevar a cabo sus proyectos. Pero en una reunión posterior, del 19 de febrero, ante las presiones de los italianos se acordó que éstos estarían a las órdenes directas de Mola y no a las de Moscardó: las cuatro Divisiones italianas, que sumaban ya los 35.322 hombres y 170 piezas de artillería, estarían bajo el mando directo de Roatta (Mancini, en los nombres falsos) que quedaba por tanto equiparado y no subordinado a Moscardó. El mismo día 23 de febrero en que los durísimos combates en el Pingarrón ponían fin a la batalla del Jarama, Franco aprobó el plan definitivo: un grupo de banderas efectuaría la ruptura por el sector de Algora, avanzando después flanqueado por Mos-

cardó a su derecha y otras unidades italianas a la izquierda. El Generalísimo prometió que si este avance se producía lanzaría nuevos ataques en el Jarama a fin de encontrarse todo en Alcalá de Henares.[17] No puede decirse, tampoco, que el Cuartel General dejara de advertir a Roatta de las dificultades con que tropezaría la operación; se le aconsejó incluso demorarla porque las perspectivas de clima eran muy malas.

Franco permaneció en Salamanca en lugar de desplazarse al frente como era su costumbre, pero se mantuvo constantemente informado del desarrollo de las operaciones a través de enlaces propios. El ataque se inició al amanecer del 8 de marzo y el primer día se alcanzaron todos los objetivos propuestos; Miaja envió enseguida la 11 Brigada Internacional, en que figuraban italianos antifascistas que convirtieron la lucha en una especie de guerra civil particular. El CTV comenzó a padecer muy pronto dificultades y contraórdenes que aumentaban la confusión: aquellas unidades equipadas para combatir en Abisinia se encontraron moviéndose bajo un temporal de nieve. A pesar de todo el 9 los italianos entraban en Almadrones y el 10 se apoderaban de Brihuega, cometiendo un gravísimo error al no ocupar simultáneamente las alturas boscosas que rodean la ciudad. Con más solidez avanzaban por la derecha las columnas del coronel Marzo, que tomaban Jadraque. Miaja, que hasta entonces no había admitido que fuese el de Guadalajara frente principal, se decidió finalmente a enviar a Líster con nuevos refuerzos estableciendo las posibilidades de una contraofensiva.

Bajo la lluvia y la nieve los italianos que todavía el día 11 y 12 toman Trijueque y llegan a Cogolludo, pasaron a la defensiva mientras Roatta acudía a Salamanca en busca de refuerzos o de operaciones disuasorias. El día 13, combatiendo en las afueras de Brihuega, italianos fascistas y antifascistas tuvieron la oportunidad de injuriarse en lengua propia. Roatta decidió dar un descanso a sus tropas dejando para el día 19 la reanudación de la ofensiva. Pero Miaja, desde el 15, había decidido contraatacar: Jurado contaba con 53 batallones de Infantería, cuatro escuadrones de Caballería, dos grupos de asalto, ocho batallones de especialistas, una Brigada soviética de tanques, abundante artillería y, en cuanto despejó el tiempo, superioridad aérea. Desde el 18 los italianos comenzaron a desbandarse y abandonaron Brihuega con muy poca resistencia. Roatta estaba despachando con Franco en Salamanca cuando llegó la noticia del desastre de la División Littorio, cuya plana mayor fue capturada. Valentín González, el Campesino, brindó a Miaja como un regalo por el día de su santo, 19 de marzo, la reconquista de Brihuega. Por las declaraciones de los prisioneros pudieron los frentepopulistas conocer todos los planes del adversario.

4. ¿Hasta que punto puede hablarse de una derrota completa de los italianos en Guadalajara? Contemplada la operación con una perspectiva de más de medio siglo se comprende muy bien lo que ha habido de propaganda, exagerando después los resultados. Para Mussolini, que se encontraba en Libia esperando la buena noticia que debía convertirle en una especie de triunfador, fue sin duda un amargo despertar: no eran sus Divisiones lo que él creía y, en definitiva, habría que reconocer que Franco tenía razón al contemplar la guerra como una empresa larga, en donde toda clase de precauciones debía ser tomada. Pero después de la pérdida de Brihuega los italianos rompieron el contacto con el enemigo y se replegaron a una línea –Las

Inviernas, El Sotillo, Navalpotro, Torrecuadrada, Renales– que estaba muy avanzada en relación con los puntos de partida. Cuando Franco autorizó a Marzo para que se retirara también, éste respondió que no era necesario y, en efecto, mantuvo todas sus posiciones rechazando con facilidad al enemigo. El 22 los frentepopulistas pasaron también a la defensiva.

Para Miaja las dos batallas, del Jarama y de Guadalajara, constituyeron la prueba de que, finalmente, tenía en sus manos un verdadero Ejército con el que podía pensarse en una inversión de los términos en que se desarrollaba la contienda pasando a operaciones ofensivas destinadas a romper el cerco de Madrid. Por su parte Franco decidió que sus directrices de 19 de diciembre no iban a proporcionarle el dominio de Madrid. El testimonio de Kindelán es, en este punto, precioso: el 21 de marzo, cuando aún el Campesino se hallaba en plena ofensiva, el Generalísimo tomó la decisión de conquistar Bilbao y, después, toda la franja cantábrica. Terminaba la primera fase de la Guerra Civil. Un dato importante es también que las bajas, por defunción, en el CTV alcanzaran a 400 hombres; pero los rojos habían perdido más de 2.000.

Los principales efectos de la batalla fueron de orden psicológico. La propaganda antifascista la presentó como el comienzo de la derrota final del fascismo, lo que resultaba sin duda exagerado. Muchos de los oficiales y soldados nacionales sentían menosprecio hacia los italianos y les irritaban las jactancias iniciales, de modo que no parecía muy mal que se hubieran roto los dientes. Los otros italianos, de las Brigadas Internacionales, en especial del batallón Garibaldi donde se habían enrolado Vittorio Vidali, Luigi Longo y Pietro Nenni, vieron justificadas sus esperanzas: Mussolini podía ser vencido. Reinaba tal nerviosismo en el Cuartel General de Salamanca que un periodista, Fernando de Ors, que publicó el 12 de marzo una crónica hablando del impetuoso avance sobre Madrid, fue detenido bajo la acusación de proporcionar ayuda al enemigo con sus comentarios.[18] Inmediatamente se dio orden de ponerle en libertad. Se demostró también que las milicias fascistas tenían escaso valor combativo: la División Fiamme Nere quedó pulverizada, mientras la Littorio, mandada por Bergonzoli, demostraba su capacidad.[19]

El famoso novelista Ernest Hemingway, que llegó a España por estos días, recogiendo experiencias de guerra que luego plasmaría en su novela *¿Por quién doblan las campanas?*, escribió que Guadalajara era una de las batallas decisivas en la Historia del mundo. También las crónicas de Herbert Mattiews en el *New York Times* contribuyeron mucho a convencer a los lectores americanos de que los rojos iban a ganar la guerra. Curiosamente Franco y los mandos nacionales recibieron con bastante frialdad el percance[20]; hubo, incluso, una burla popular contra los italianos a los que se presentaba como cobardes y malos soldados, lo que era falso, pero servía para aliviar el disgusto que sus jactancias provocaran con anterioridad: con música de la canción fascista «fazzeta nera» circuló una canción que incluía la frase injuriosa de «Guadalajara no es Abisinia ni Addis Abeba es el sector de Brihuega».

III. DE NUEVO LA NO INTERVENCIÓN.

1. En varias ocasiones, pero de una manera especial en su discurso de Bradford (14 de diciembre de 1936) y en su informe a los Comunes (12 de abril de 1937), sir An-

thony Eden, como ministro de Asuntos Exteriores británico, reconoció que el Comité de No Intervención no funcionaba como los ingleses hubieran deseado, pero a pesar de las infracciones múltiples y graves estaba evitando una alternativa peor de guerra declarada entre las potencias implicadas en el conflicto español. Esta opinión no era compartida por muchos de los diputados de la oposición pero respondía bien a los intereses británicos empeñados en evitar el retorno a 1918 y, también, una extensión de posiciones militares soviéticas o alemanas a la Península. Ni Burgos ni Valencia consideraban la no intervención como postura favorable, pues incrementaba las dificultades para sus suministros, pero no tuvieron más remedio que admitirlo ya que sus aliados respectivos quedaron incluidos en el Comité. Fue, por tanto, un gran éxito de la diplomacia británica que, al término de conversaciones que habían durado tres meses, se llegara, en febrero de 1937, al plan que a partir del 8 de marzo, establecía vigilancia y control para impedir la llegada de voluntarios. Una ley alemana del 18 de febrero de 1937 prohibía a sus súbditos viajar a España para tomar parte en la Guerra Civil.

¿Puro cinismo? Tal vez no: manteniendo la farsa de los controles cada una de las potencias trataba de asegurar a las otras que su programa de ayuda no incluía nunca el riesgo de la guerra general. Hasta el 12 de marzo Mussolini estuvo convencido de que las tropas situadas en la Península iban a resolver la guerra en plazo muy breve. La pregunta que, en todo caso, debe formularse, de acuerdo con la investigación más reciente[21] es otra: ¿qué esperaba ganar Mussolini comprometiéndose como lo hizo? Una vez más tenemos que acudir a las coordenadas de la política exterior para hallar una explicación razonable. Para Italia era de esencial importancia impedir que llegara a formarse un bloque franco-español gracias al predominio del Frente Popular en ambos paises y, sobre todo, que este bloque permitiese la presencia soviética en el occidente mediterráneo. Una parte de esta política coincidía con el interés de Alemania, otra parte no; por eso el Foreign Office conservó durante mucho tiempo la esperanza de retener o volver a atraer a Italia a su amistad, como sucediera en 1914. Durante la Guerra Civil alemanes e italianos procedieron en España como auténticos rivales que buscaban asegurarse el primer puesto en la influencia. Con su pacto del 28 de noviembre de 1936 los italianos tuvieron la impresión de haberse adelantado.

Tampoco cabe la menor duda de que Mussolini se proponía fascistizar España, a fin de asegurarse su influencia. Al decidirse a reconocer oficialmente a Franco, tuvo el Duce la idea de nombrar embajador al que era secretario general del Partido Fascista, Roberto Farinacci; abandonó la idea ante el temor de que con esto se revelasen demasiado sus propósitos. Designa en cambio a un diplomático de carrera, Roberto Cantaluppo. Farinacci, ello no obstante, hizo un viaje a España para una misión que se conservó en el más absoluto secreto.[22] En relación con este viaje circularon por la zona nacional rumores de que los italianos se proponían repetir el intento amadeísta de 1868, que tan malos resultados diera: en esta ocasión se trataba de proponer un príncipe católico, el duque de Aosta, primer virrey de Abisinia. Algunos tomaron en serio esta posibilidad. El duque de Alba, desde Londres, hizo «indiscretas» declaraciones a un redactor del *Times*: «es prematuro hablar de Monarquía».

Farinacci fue recibido por Franco el 4 de marzo de 1937. Prodigó, en nombre del Duce, sus consejos políticos: era imprescindible, para el futuro de España, la crea-

ción de un partido nacional único, del que Franco fuese jefe también único e indiscutido, para asumir desde él un programa de reformas verdaderamente revolucionarias, en la agricultura y en la industria, estableciendo mejoras económicas y sociales para los trabajadores, así como seguros de paro, vejez y enfermedad. A este fin convenía establecer, como en Italia, sindicatos corporativos y únicos. Franco, en su respuesta, hizo algunas indiscretas revelaciones, según testimonio único de Farinacci. No creía, por ejemplo, que falangistas y carlistas estuviesen en condiciones de prestarle mucha ayuda en las tareas futuras de reconstrucción nacional, ya que carecían de dirigentes de verdadera categoría. Tampoco se mostraba acuciado por el problema de la Restauración monárquica: «primero tengo que crear la nación; luego decidiremos si es buena idea nombrar un rey».[23] También Farinacci protestó, por encargo de Mussolini, de la violencia registrada en Málaga; recibió la misma respuesta que Cantaluppo, no siempre se podía frenar a los partidarios y se habían tomado ya las medidas pertinentes.[24]

Farinacci puso fin a su misión redactando el 8 de marzo de 1937 un informe bastante pesimista. Se tiene la impresión de que, con apariencia de ser indiscreto, Franco había ocultado cuidadosamente su juego, pero el alto funcionario fascista no lo entendió. Llegó por consiguiente a la conclusión de que el Generalísimo no era en modo alguno el jefe que al fascismo español convenía y de que su postura política era confusa e inestable. Esta opinión fue compartida por el Duce ya que era coincidente con la de otros de sus informadores. Menos aún pareció a Farinacci que Hedilla poseyera la talla política necesaria.

2. Más difícil de entender resulta sin duda la actitud británica. Muchos autores parecen haber llegado a la conclusión de que ésta debe calificarse de neutral e, incluso, de inclinada a favor de los sublevados en el caso del Gobierno y de la opinión conservadora. Sin embargo el propio Eden, en más de una ocasión, explicó que su defensa de la neutralidad se refería únicamente a la situación interna en España pero no en cuanto a la futura política internacional del Estado que pudiera surgir de aquella guerra; los intereses económicos británicos en España eran muy grandes, y los políticos también. Londres no quería que se hiciera presente la influencia alemana, pero tampoco deseaba ver a los soviéticos instalados en la Península. A principios de 1937 las empresas británicas o con intereses británicos estaban mayoritariamente instaladas todavía en la zona republicana, pero los vinos de Jerez y los minerales de Río Tinto y de la Tharsis Sulphur quedaban en el lado «nacional».

Según Luis de Llera Inglaterra había decidido ejercer un papel moderador entre los bloques. «Por una parte afirmaba su vocación democrática y su autoridad monárquica institucional poniéndose al lado del Gobierno constituido. Por la otra, conocedora de la peligrosa evolución del Frente Popular español, decidía no apoyar de hecho a la República». Franco –y ésta era una de las razones del mantenimiento de la paridad de la peseta, que hemos mencionado– estaba decidido a conservar los derechos de las compañías británicas pero siempre bajo la condición de que las divisas que generasen con la venta de sus productos fuesen empleadas exclusivamente para importar mercancías inglesas a su zona.

Las reuniones del Comité de No Intervención se convertían a veces en el escenario de discusiones muy violentas: por ejemplo el 23 de marzo de 1937 el repre-

sentante italiano, Grandi, y el soviético, Maisky, se dirigieron insultos y amenazas. Por otra parte resultaba casi imposible ejecutar los acuerdos tomados el 8 de marzo; las fronteras eran largas, de difícil acceso, los caminos marítimos demasiado abiertos para una vigilancia eficaz. Además el Gobierno republicano, afirmando su legitimidad, rechazó cualquier control que pretendiera establecerse y, por tanto, menudearon los incidentes. El más grave tendría lugar el 26 de junio cuando el acorazado Deutschland, fondeado en Ibiza, sufrió un bombardeo de aviones con tripulación rusa que causó la muerte de treinta y un tripulantes. En represalia el Admiral Scheer bombardeó el puerto de Almería. Constantemente alemanes e italianos amenazaban con retirarse del Comité si no se ofrecían mejores garantías; no decían en cambio que los submarinos piratas que atacaban los convoyes en el Mediterráneo pertenecían a la Armada italiana. La Flota británica tuvo que actuar con cierta energía antes de conseguir impedírselo.

No es difícil comprender las razones profundas que a Chamberlain y a Eden movían a mantener contra todo evento el Comité. Había ya un temor evidente a que llegara a producirse una guerra general. Se trataba, ante todo, de reducir los envíos de armas y de hombres, poniendo de este modo límites al conflicto. Un segundo incidente del que fue víctima otro buque de guerra alemán, el Leipzig, sirvió para que los dos países consumaran su amenaza de retirarse del Comité, en junio de 1937. Gran Bretaña insistió para que se celebrase una nueva conferencia en Nyon (Suiza) entre los días 10 y 14 de setiembre, a la que asistieron representantes soviéticos pero no italianos ni alemanes. En ella se aceptaron las acusaciones francesas de que submarinos italianos estaban atacando a sus mercantes, en la ruta de Valencia, y se reconoció el derecho de defensa. Pero inmediatamente Chamberlain inició negociaciones con Mussolini, intentando que volviera a ocupar su sitio en el Comité y también en las patrullas de vigilancia.

Los beligerantes peninsulares contemplaron el Comité de No Intervención como un verdadero control sanitario establecido con rigor en torno a las costas y fronteras para obligarlos a dirimir a solas sus querellas; ambos tenían, sin embargo, el convencimiento de que su victoria dependía de los suministros que fuesen capaces de obtener. Por tanto, su deber inexcusable consistía en burlar los controles. Conviene insistir en un dato que ya hemos mencionado y que en los informes de Quiñones de León figura de modo explícito: Gran Bretaña pensaba que, precisamente por esta causa, franquistas y republicanos, equilibradas sus fuerzas, se mostrarían más propicios a establecer una suspensión de hostilidades que permitiera llegar a la paz negociada. Preparándose para esta eventualidad la Embajada británica se había instalado en Hendaya y aunque siguiera acreditada únicamente ante Azaña, estaba manteniendo contactos con ambas zonas. La caída de Bilbao cambiaría mucho las cosas.

[25] Apenas llegado a Lisboa en julio de 1936 Lerroux había enviado a Franco un telegrama de adhesión, y lo confirmaría en carta de 18 de julio de 1937. F. Franco-Salgado, *op. cit.*, p. 211.

[26] G. Hills, *Monarquía...*, resume de esta manera la conducta de Franco en estos meses. «Su pensamiento era siempre incisivo y sus objetivos simples, por complejos y sinuosos que fueran los medios. Había que ganar la guerra. Sólo podía conseguirse con unidad en el frente y en la retaguardia. Cualquier cosa que contribuyera a la unidad era buena; cualquiera que no sirviera a este fin, mala. También había que conseguir la paz. Tal como él la veía la Historia de España, si hubiera existido unidad no habría habido guerra. Nada había contribuido tanto a la desintegración de España como la multiplicación de partidos políticos».

[27] H. Thomas, *op. cit.*, II, p. 555.

[28] R. de La Cierva, *op. cit.*, p. 197. En enero de 1937 la Sección Femenina había iniciado la reconstrucción de Falange con un Congreso en Salamanca y Valladolid, que fue llamado primero, *Crónica de la Sección Femenina*, pp. 56-58.

[29] Ya hemos comentado la carta de Kindelán de 26 de noviembre. Ramón Franco, cuyas andanzas conspiratorias han sido explicadas, fue diputado en las Cortes constituyentes en 1931 donde se mostró extremadamente izquierdista. Probablemente en 1936 ya no era miembro activo de la Masonería, aunque había recibido la iniciación, J. A. Ferrer Benimeli, *Masonería*, II, p. 219. La conducta irregular del hermano menor podía estallar en cualquier momento. Un informe muy posterior de la policía (29 diciembre de 1939) revelaría que Ramón estuvo casado con una artista de cabaret de vida irregular llamada Engracia Moreno, que usaba el nombre artístico de Dolores, y que reconoció con posterioridad al matrimonio (24 de julio de 1935) a una hija de ésta que, según la policía, era de otro amante que Dolores había tenido.

[30] Despacho Faupel de 7 de enero de 1937. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 157-158.

[31] Despacho Faupel de 1 de enero de 1937. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 151-152.

[32] Despacho de 12 de enero de 1937. *Wilhelmstrasse*, III, p. 170.

[33] El acta de la conversación de Miranda con Canaris el 26 de enero de 1937, *Wilhelmstrasse*, III, pp. 182-184.

[34] *Documentos*, I, pp. 120-121.

[35] *Documentos*, I, p. 122.

[36] *Apuntes*, p. 45.

Notas al Capítulo 22.

[1] La respuesta de Franco a Faldella fue un exabrupto: «¿Quién se los ha pedido?». En sus informes a Roma el general Roatta recogió esta irritación de Franco pero la atribuyó a dos motivos: no deseaba extranjeros en sus filas para no dar argumento a la propaganda, y le molestaba que Mussolini se creyera con derecho a tomar decisiones sobre España. J. F. Coverdale, *op. cit.*, pp. 162-163.

[2] De acuerdo con los datos italianos a mediados de enero de 1937 el CTV o Cuerpo de Tropas Voluntarias estaba ya compuesto por 15.529 hombres; fueron más los combatientes españoles en la campaña de Málaga. J. F. Coverdale, *op. cit.*, p. 164.

[3] J. Tusell y G. Queipo de Llano, *Franco y Mussolini*, p. 16.

[4] Estas disposiciones de mineral que Queipo de Llano aplicó a las minas de Río Tinto, perjudicaban desde luego los intereses británicos. Franco, que había contribuido al establecimiento de la HISMA-ROWAK veía en ella la garantía de lograr suministros sin agobios ya que funcionaba respondiendo «a las exigencias del más ortodoxo sistema de compensaciones». La HISMA funcionaba en España traduciendo el valor marcos en pesetas y cobrando el 2% de interés por sus servicios. Lo mismo hacía la ROWAK en Alemania pasando las pesetas a marcos pero percibiendo un interés del 5%. La peor consecuencia de esta operación era que, a causa de la guerra, se generaba en España una cuenta en pesetas propiedad de alemanes que podía servir para comprar bienes raíces. Á. Viñas, *Guerra...*, pp. 157-159.

[5] De hecho hasta finales de febrero no saldría de Italia el contingente que completaría el

CTV en sus 48.823 hombres. R. Salas, *Los datos exactos de la guerra civil*, Madrid, 1981, p. 185.

[6] J. L. Alcofar Nassaes, «Con los italianos por tierra, mar y aire», en *Las Grandes batallas de la guerra de España, Historia y Vida.* Extra, II, pp. 40-47.

[7] J. M. Martínez Bande, *La campaña de Andalucía*, Madrid, 1986, pp. 169-211.

[8] Gracias a la intervención del Gobierno británico, Koestler fue canjeado por la esposa del famoso aviador capitan Haya. L. Bolin, *op. cit.*, p.24.

[9] R. Cantaluppo, *op. cit.*, pp. 131-137, es quien nos da la noticia de haber presentado una nota de protesta por encargo de Mussolini a la cual Franco contestó que él no estaba en condiciones de controlar las violencias espontáneas de sus partidarios en casos como en el de Malaga, que tan sangrientas acciones rojas conociera, pero que había decidido enviar a Málaga la auditoría de guerra preparada para Madrid a fin de que pusiese fin a los actos sin control, pasando las causas a tribunales militares. Arias Navarro, que la presidía, no fue pues enviado a Málaga para aumentar la crueldad sino para disminuirla.

[10] Tampoco puede considerarse exacto en toda su extensión el testimonio que L. Galinsoaga y F. Franco-Salgado, *Centinela*, p. 288, recogen: Franco decía que la fijación del frente en Guadalajara no le venía mal pues iba a permitirle lanzar la ofensiva en el Norte que era la operación principal.

[11] J. Tusell, *Franco y Mussolini*, p. 17.

[12] El plan de operaciones señalaba que se trataba de objetivos muy limitados. Se trata de doce planos distintos.

[13] Hay numerosas carpetas de propaganda y propuestas para la guerra psicológica; en octubre de 1937 hubo el proyecto de crear una condecoración, La Orden de las Flechas Rojas, exclusivamente para los que combatiesen en estas unidades. En ellas se había pensado incluir los falangistas pero Hedilla se opuso resueltamente. J. F. Coverdale, *op. cit.*, pp. 169-173.

[14] R. de La Cierva, «Realidad y Leyenda. El reverso de Abisinia», en *Las grandes batallas de la guerra de España, Historia y Vida,* p. 109 y ss., sostiene que la batalla de Guadalajara fue, en definitiva, un acontecimiento favorable a Franco porque le permitió imponer disciplina a los italianos.

[15] En la primera entrevista de Faldella con Roatta, el 12 de febrero, estando Franco ausente de Salamanca, los italianos entendieron que se autorizaba el plan mediterráneo. Pero el 13 Franco regresó y se opuso rotundamente (J. y R. Salas Larrazábal, *op. cit.*, p. 172). Fue entonces, según Olao Conforti, *Guadalajara, primera derrota del fascismo*, Madrid, 1977, p. 29 y ss., cuando Franco protestó con dureza: había autorizado reclutas individuales para la legión y no unidades completas e independientes.

[16] J. y R. Salas Larrazábal, *op. cit.*, pp. 454-456. J. M. Martínez Bande, *La batalla de Pozoblanco y el cierre de la bolsa de Mérida*, Madrid, 1981 pp. 27-54.

[17] El 5 de marzo Franco advirtió a Roatta que no podía confiar demasiado en los ataques que efectuasen sus soldados en el Jarama porque estaban agotados y carecían de capacidad de penetración. Tenía que contar únicamente con la División de Soria, J. F. Coverdale, *op. cit.*, pp. 206-208.

[18] La orden de libertad se produjo dentro del mismo día 12 de marzo y fue impartida desde Salamanca.

[19] Bergonzoli sustituiría a Roatta tras la destitución de éste. Luego combatiría en Tripolitania donde cayó prisionero de los británicos. No se sumó a Badoglio pero fue readmitido en el Ejército italiano. Pasó a la reserva en noviembre de 1948 y murió en 1973. José Alcófar, «Annibale Bergonzoli. El general de la barba eléctrica», *Historia y Vida,* núm. 79, 1974, pp. 98-109.

[20] Según Cantaluppo, *op. cit.*, pp. 204-210, Franco le recibió el 23 de marzo muy afectuosamente quitando importancia a lo ocurrido, y le dio a entender que el relevo de Orgaz y Varela obedecía a no haber colaborado desde el Jarama en la operación. En realidad se trataba de un ascenso.

[21] Además de los trabajos de J. F. Coverdale y de J. Tusell, que estamos aprovechando, y de las fuentes que, en forma de memorias, proporcionan personas de uno y otro bando, en

la monumental obra de Renzo de Felice, muy crítica, *Historia del Fascismo*, el volumen V está dedicado a la guerra de España. Importantes son L. Arias García, *La política internacional en torno a la guerra de España*, Zaragoza, 1961 y M. Espadas Burgos, *Franquismo y política exterior*, Madrid, 1987.

[22] R. Cantaluppo, *Embajada en España*, Barcelona, 1951, pp. 85-86, anota que él no fue informado y que se encontró a Farinacci por casualidad en Salamanca.

[23] Las noticias acerca de los proyectos monárquicos proceden de Cantaluppo, no son confirmadas por otras fuentes. J. F. Coverdale, *op. cit.*, pp. 181-182.

[24] Queipo de Llano había dictado órdenes para que se ejerciesen en Málaga castigos muy duros. R. de La Cierva, *Francisco Franco*, 2.ª ed., III, p. 120.

Notas al Capítulo 23

[1] Stanley G. Payne, Falange, pp. 126-128; H. Thomas, *op. cit.*, pp. 684-685.

[2] R. de La Cierva, *Franco*, p. 203.

[3] Informe von Faupel a Neurath, 21 de febrero de 1937, en *Wilhelmstrasse*, III, p. 190. En aquellos momentos había relaciones comerciales con el Reino Unido, según explicamos, y también con Suiza. No tenemos constancia de cuál haya sido el contacto con Francia. Ver sobre este punto, Á. Viñas, *Guerra...*, p. 161.

Acerca de la situación en Salamanca y los diversos proyectos de unificación ver Stanley G. Payne, *op. cit.*, pp. 129-130.

[4] Serrano Suñer ha sido muchas veces tratado con notoria injusticia. Su vida y su obra han resultado muy importantes para España y, en determinados momentos, altamente positivas. El autor de esta obra ha tenido la fortuna de mantener con él largas conversaciones que le han ayudado a comprender y matizar noticias documentadas. No puede disimular ni el aprecio ni el afecto que Serrano Suñer le merece. Existen además dos obras que habrán de ser utilizadas con profusión en las páginas que siguen. La primera, directamente escrita por él, se titula *Entre Hendaya y Gibraltar* y constituye la explicación justificadora de su obra como ministro de Asuntos Exteriores. Es indudable que Serrano puso toda su voluntad en servir a España, eludiendo los riesgos infinitos que hubieran significado para ésta la participación en la guerra y afirmando su independencia. Lo hizo no desde la hostilidad a Alemania sino desde una sincera y firme amistad con este país, convencido, entre otras cosas, de que había que defender a España de esa especie de subordinación a la francofilia o anglofilia que caracterizaran al siglo XXI. Sus malas relaciones posteriores con Franco y algunos de sus colaboradores no alteran su convicción de que en la obra de éste los aciertos superan con mucho a los errores; lo que en modo alguno comparte es la hagiografía exagerada que niega que hubiera errores.

En aquel momento contaba con la edad de 35 años pues nació el 12 de diciembre de 1901. De su paso por la Facultad de Derecho recordaba sobre todo a tres profesores, Luis Jiménez de Asúa, Manuel García Morente y Felipe Clemente de Diego. Amplió estudios en Roma y Bolonia, colegio al que siguió vinculado afectivamente toda su vida. En Italia creció en él la admiración por la obra de Mussolini (H. Saña, *El Franquismo sin mitos, Conversaciones con Serrano Suñer*, Barcelona, 1982, pp. 27-31). Al ser hospitalizado en octubre de 1936 pudo evitar que se le incluyera en las matanzas de noviembre. Equipo Mundo, *Los 90 ministros de Franco*, Barcelona, 1970, pp. 23-27.

[5] Escribe Ramón Garriga que fue uno de los colaboradores de Serrano Suñer y luego enemigo radical de Franco (*La España de Franco*, tomo I, Madrid, 1977, p. 14): «era Serrano Suñer el único que demostraba poseer talento político» si bien «jamás fue el hombre todopoderoso que se imaginaba la gente. Franco no era de los hombres que se dejaban manejar». El lema de Serrano era «gobernar totalitariamente con los pies bien firmes». En realidad Serrano tuvo a su cargo algunos sectores fundamentales del Gobierno pero nunca fue un primer ministro: su verdadera influencia dependía de que sus consejos fuesen escuchados por Franco. Después de 1941 comenzaría a disminuir precisamente por esta causa: otras personas ejercían influencia sobre el Generalísimo.